

AMIGOS POR EL VIENTO

ILUSTRACIONES: POLY BERNATENE



Liliana Bodoc

ALEAGUARA


Liliana Bodoc

Amigos por el viento

Ilustraciones: Poly Bernatene

Alfaguara

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks

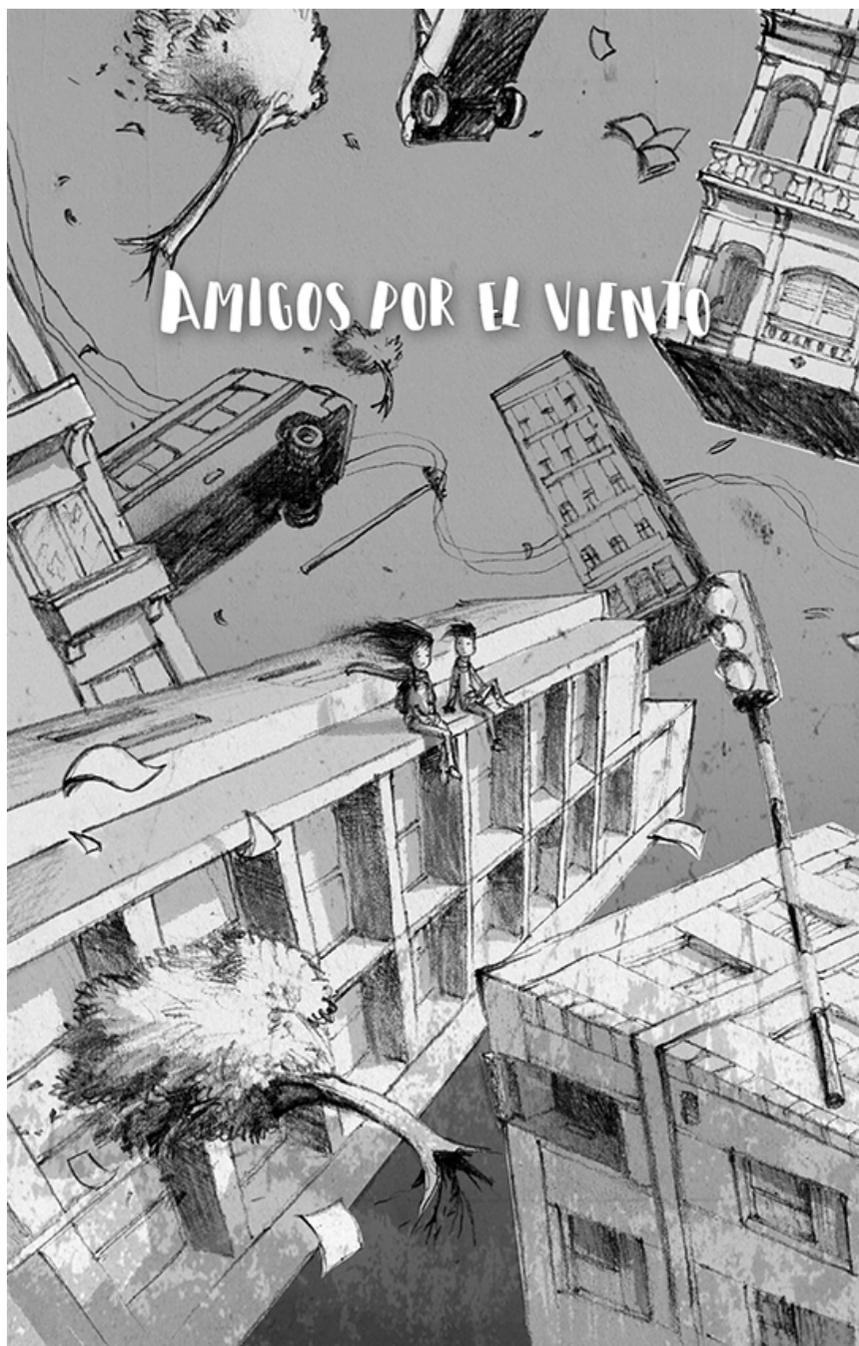


@megustaleerarg



@megustaleerarg_

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |



A veces, la vida se comporta como el viento: desordena y arrasa. Algo susurra, pero no se le entiende. A su paso todo peligra; hasta aquello que tiene raíces. Los edificios, por ejemplo. O las costumbres cotidianas.

Cuando la vida se comporta de ese modo, se nos ensucian los ojos con los que vemos. Es decir, los verdaderos ojos. A nuestro lado, pasan papeles escritos con una letra que creemos reconocer. El cielo se mueve más rápido que las horas. Y lo peor es que nadie sabe si, alguna vez, regresará la calma.

Así ocurrió el día que papá se fue de casa. La vida se nos transformó en viento casi sin dar aviso. Yo recuerdo la puerta que se cerró detrás de su sombra y sus valijas. También puedo recordar la ropa reseca sacudiéndose al sol mientras mamá cerraba las ventanas para que, adentro y adentro, algo quedara en su sitio.

—Le dije a Ricardo que viniera con su hijo. ¿Qué te parece?

—Me parece bien —mentí.

Mamá dejó de pulir la bandeja y me miró:

—No me lo estás diciendo muy convencida...

—Yo no tengo que estar convencida.

—¿Y eso qué significa? —preguntó la mujer que más preguntas me hizo a lo largo de mi vida.

Me vi obligada a levantar los ojos del libro:

—Significa que es tu cumpleaños y no el mío —respondí.

La gata salió de su canasto y fue a enredarse entre las piernas de mamá.

Que mamá tuviera novio era casi insoportable. Pero que ese novio tuviera un hijo era una verdadera amenaza. Otra vez, un peligro rondaba mi vida. Otra vez había viento en el horizonte.

—Se van a entender bien —dijo mamá—. Juanjo tiene tu edad.

La gata, único ser que entendía mi desolación, saltó sobre mis rodillas. Gracias, gatita buena.

Habían pasado varios años desde aquel viento que se llevó a papá. En casa ya estaban reparados los daños. Los huecos de la biblioteca fueron ocupados con nuevos libros. Y hacía mucho que yo no encontraba gotas de llanto escondidas en los jarrones, disimuladas como estalactitas en el congelador, disfrazadas de pedacitos de cristal. “Se me acaba de romper una copa”, inventaba mamá, que, con tal de ocultarme su tristeza, era capaz de esas y otras asombrosas hechicerías.

Ya no había huellas de viento ni de llantos. Y justo cuando empezábamos a reírnos con ganas y a pasear juntas en bicicleta, aparecía un tal Ricardo y todo volvía a peligrar.

Mamá sacó las cocadas del horno. Antes del viento, ella las hacía cada domingo. Después pareció tomarle rencor a la receta, porque se molestaba con la sola mención del asunto. Ahora, el tal Ricardo y su Juanjo habían conseguido que volviera a hacerlas. Algo que yo no pude conseguir.

—Me voy a arreglar un poco —dijo mamá mirándose las manos—. Lo único que falta es que lleguen y me encuentren hecha un desastre.

—¿Qué te vas a poner? —le pregunté en un supremo esfuerzo de amor.

—El vestido azul.

Mamá salió de la cocina, la gata regresó a su canasto. Y yo me quedé sola para imaginar lo que me esperaba.

Seguramente, ese horrible Juanjo iba a devorar las cocadas. Y los pedacitos de merengue se quedarían pegados en los costados de su boca. También era seguro que iba a

dejar sucio el jabón cuando se lavara las manos. Iba a hablar de su perro con el único propósito de desmerecer a mi gata.

Pude verlo transitando por mi casa con los cordones de las zapatillas desatados, tratando de anticipar la manera de quedarse con mi dormitorio. Pero, más que ninguna otra cosa, me aterró la certeza de que sería uno de esos chicos que, en vez de hablar, hacen ruidos: frenadas de autos, golpes en el estómago, sirenas de bomberos, ametralladoras y explosiones.

—¡Mamá! —grité pegada a la puerta del baño.

—¿Qué pasa? —me respondió desde la ducha.

—¿Cómo se llaman esas palabras que parecen ruidos?

El agua caía apenas tibia, mamá intentaba comprender mi pregunta, la gata dormía y yo esperaba.

—¿Palabras que parecen ruidos? —repitió.

—Sí. —Y aclaré—: *Pum, Plaf, Ugg...*

¡*Ring!*

—Por favor —dijo mamá—, están llamando.

No tuve más remedio que abrir la puerta.

—¡Hola! —dijeron las rosas que traía Ricardo.

—¡Hola! —dijo Ricardo asomado detrás de las rosas.

Yo miré a su hijo sin piedad. Como lo había imaginado, traía puesta una remera ridícula y un pantalón que le quedaba corto.

Enseguida, apareció mamá. Estaba tan linda como si no se hubiese arreglado. Así le pasaba a ella. Y el azul le quedaba muy bien a sus cejas espesas.

—Podrían ir a escuchar música a tu habitación —sugirió la mujer que cumplía años, desesperada por la falta de aire. Y es que yo me lo había tragado todo para matar por asfixia a los invitados.

Cumplí sin quejarme. El horrible chico me siguió en silencio. Me senté en una cama. Él se sentó en la otra. Sin dudas, ya estaría decidiendo que el dormitorio pronto sería

de su propiedad. Y que yo dormiría en el canasto, junto a la gata.

No puse música porque no tenía nada que festejar. Aquel era un día triste para mí. No me pareció justo, y decidí que también él debía sufrir. Entonces, busqué una espina y la puse entre signos de preguntas:

—¿Cuánto hace que se murió tu mamá?

Juanjo abrió grandes los ojos para disimular algo.

—Cuatro años —contestó.

Pero mi rabia no se conformó con eso:

—¿Y cómo fue? —volví a preguntar.

Esta vez, entrecerró los ojos.

Yo esperaba oír cualquier respuesta, menos la que llegó desde su voz cortada.

—Fue... fue como un viento —dijo.

Agaché la cabeza y dejé salir el aire que tenía guardado. Juanjo estaba hablando del viento, ¿sería el mismo que pasó por mi vida?

—¿Es un viento que llega de repente y se mete en todos lados? —pregunté.

—Sí, es ese.

—¿Y también susurra...?

—Mi viento susurraba —dijo Juanjo—. Pero no entendí lo que decía.

—Yo tampoco entendí. —Los dos vientos se mezclaron en mi cabeza.

Pasó un silencio.

—Un viento tan fuerte que movió los edificios —dijo él—. Y eso que los edificios tienen raíces...

Pasó una respiración.

—A mí se me ensuciaron los ojos —dije.

Pasaron dos.

—A mí también.

—¿Tu papá cerró las ventanas? —pregunté.

—Sí.

—Mi mamá también.

—¿Por qué lo habrán hecho? —Juanjo parecía asustado.

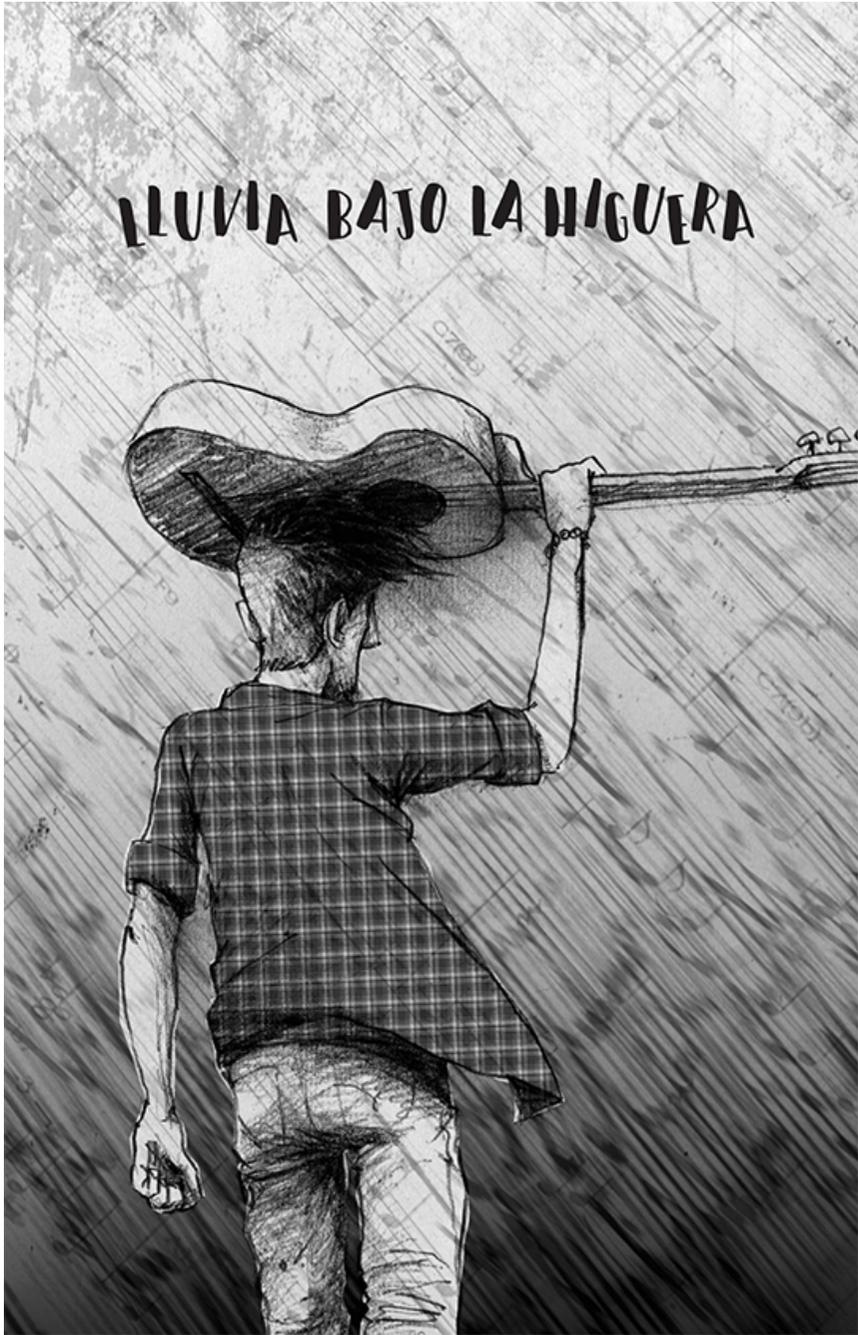
—Debe de haber sido para que algo quedara en su sitio.

A veces, la vida se comporta como el viento: desordena y arrasa. Algo susurra, pero no se le entiende. A su paso todo peligra; hasta aquello que tiene raíces. Los edificios, por ejemplo. O las costumbres cotidianas.

—Si querés vamos a comer cocadas —le dije.

Porque Juanjo y yo teníamos un viento en común. Y quizá ya era tiempo de abrir las ventanas.





Las primeras discusiones entre papá y Guillo no preocuparon a nadie. Ni a mamá, ni a mí. Ni a papá, ni a Guillo. Lo más frecuente era que comenzaran a causa de un partido de fútbol y, después de atravesar por “Esos amigos tuyos no me gustan nada”, “Pero a mí, sí”, terminaran en el perro.

—Lo trajimos a casa porque te comprometiste a cuidarlo —decía papá.

—¿Así que también el perro es culpa mía? —Guillo siempre tenía argumentos.

Pero eso era todo; apenas una chispa.

Sin embargo, a partir de aquel verano, las cosas cambiaron. A lo mejor fue porque los dos ya tenían la misma estatura, y eso asustaba un poco. Lo cierto es que las palabras que se decían empezaron a oscurecerse, a ponerse agrias. Después, demoraban en irse. Y aunque mamá abriera de par en par la puerta del patio, con la esperanza de que se fueran, las palabras se quedaban dando vueltas por la casa. En poco tiempo, sin que nadie pudiera entender cómo había sucedido, las palabras estaban revestidas con alambre de púas. Por eso era imposible escucharlas sin lastimarse.

Recuerdo aquel verano como un portazo y después silencio. Recuerdo el color brillante de los gritos, la puerta retumbando contra el barrio que seguramente había estado escuchando. Y después, silencio.

Recuerdo aquel verano como una lágrima de mamá cayendo sobre la salsa: un ruido insignificante, un pozo diminuto en la espesura roja. Y después, la comida salada.

Puedo recordar aquel verano como una amenaza con música de fondo, el "Rock de la higuera".

A Guillo le llevó todo el verano terminar ese rock. Lo recomenzaba una y otra vez, y nunca quedaba conforme. Lo sé muy bien porque lo escuché a escondidas. Él se sentaba a probar músicas al pie de la higuera sin imaginar que yo estaba sobre su cabeza, como un pájaro más en la fronda del árbol.

No es raro que aquel verano terminara en lluvia. Digo que no es raro porque mi hermano y la lluvia se parecían un poco: eran inevitables; llegaban, ensuciaban y se iban; se adueñaban del mundo y yo tenía que mirar desde adentro. Y cuando demoraban en llegar, mamá se acodaba en la ventana y hablaba con Dios: "Ya es hora de que caiga una lluvia", "Ya es hora de que Guillo vuelva de la calle".

Sin embargo, para hablar de Guillo... o mejor, para hablar del verano en que Guillo compuso el "Rock de la higuera" es necesario mencionar su guitarra. Sus guitarras, porque le compraron una nueva cuando cumplió catorce años. ¡Por lo que me importó! Si ni siquiera le pedí que me regalara la otra, la que ya no iba a usar...

—Podrías regalarme la otra —le pedí—. Total, ya no la vas a usar.

—Ni loco —me contestó.

¡Por lo que me importaba!

Mi hermano dijo "ni loco", y siguieron pasando los veranos. Pasó un verano. Pasaron dos, tres.

Guillo tenía diecisiete, yo tenía once. Y la higuera del patio, según decía mamá, tenía más de cuarenta.

Fue ese verano, diecisiete, once y más de cuarenta, cuando mi hermano tomó la costumbre de sentarse bajo la higuera a insistir con un rock que quería quedarse adentro de la guitarra. El mismo verano en que papá tomó la costumbre de irse dando un portazo. El mismo triste verano en que Guillo y papá tomaron la costumbre de odiarse.

—No digas eso. —Mamá se enojaba conmigo—. Ellos no se odian. Solamente...

—¿Solamente...?

—Solamente, no pueden ponerse de acuerdo.

Yo ya había pasado la edad de preguntar por qué, por qué, por qué. Mamá, en cambio, estaba llegando a la edad de responderlos.

—Porque tu hermano cambió mucho, de la noche a la mañana. —Y hasta ahí le alcanzaba la voz.

Entonces, me acariciaba la cabeza como pidiéndome que yo no les hiciera lo mismo; que no se me fuera a dar por cambiar sin pedir permiso.

La primera vez que espí el rock de Guillo lo hice sin querer. Estaba sentado adentro de la higuera, intentando ponerme a salvo de la siesta, cuando lo vi acercarse. Mi hermano traía su guitarra.

Guillo se sentó a los pies del árbol, entre las raíces que sobresalían, y se apoyó contra el tronco rugoso. En ese momento, tuve que elegir entre ser el de siempre: asustarlo, escupirlo, bombardearlo con higos maduros. O ser otro, y quedarme callado. Ahora sé que elegí el silencio para ver si le descubría los secretos. Me quedé esperando que Guillo cometiera algún horrible pecado. Algunos de esos horribles pecados gracias a los cuales había logrado transformarse en el centro de la casa, del almuerzo, del silencio y de los gritos. Pero mi hermano tenía un rock en la cabeza.

*Un día me despierto
y es abril.
Un día me confundo...*

Guillo se tropezaba con las notas, *un día me despierto*. Rasgueaba la guitarra sin convicción, *un día me confundo*. Le sobraba música o le faltaba letra. Sin embargo, seguía empecinado con abril. No cambiaba de mes por nada del mundo. Desde arriba, lo oí decir que no, que no sonaba

bien. Estuvo un rato en silencio, y después volvió a empezar. *Un día me despierto y es abril...*

Desde esa tarde, me trepé a la higuera sin ninguna inocencia. Apenas veía que mi hermano rondaba su guitarra, salía corriendo a encaramarme en mi rama de siempre. Y allí me quedaba, agazapado, a la espera de descubrir sus secretos y sus pecados.

Las siestas pasaban sin que nada especial sucediera bajo la higuera del patio. A pesar de mi paciencia de santo, y de mi silencio de asesino al acecho, no conseguía el merecido premio de ver algo horrible. Lo único que mi hermano hacía era tropezarse en el estribillo de su rock. Y no sé si él, su guitarra o su estribillo, pero algo se iba alejando.

Siempre que papá y Guillo estaban juntos, la casa olía a pólvora. Algo estaba a punto de estallar. Mamá, que quería evitar el desastre con comentarios absurdos sobre el auto nuevo de los vecinos, no conseguía nada. O casi nada. Yo simplemente esperaba; incapaz de adivinar dónde iba a empezar el fuego. De lo que estaba seguro era de que, fuese cual fuese el origen, todo iba a terminar en un infierno. Por lo menos, eso era lo que decía mamá después del portazo:

—Esto es un infierno.

Finalmente, hubo un día que sonó como una bofetada. Era domingo y estaba nublado.

Todo parecía suceder con normalidad. La comida esmerada de mamá ya estaba lista. Como cada domingo, papá exigía que estuviéramos los cuatro sentados a la mesa. Y yo me deleitaba en la difícil tarea de despertar a Guillo, que se había acostado poco rato antes.

La salsa olía como para deshacer toda furia; olía como para perdonar las ofensas recibidas y por recibir. Y en el momento de embeber el pan, cualquiera sentía deseos de reconciliarse con el mundo.

Cualquiera, menos papá y mi hermano. Porque a ellos, a lo mejor a causa del ají, les sucedió al revés.

Primero fue un comentario con forma de dardo que voló de un lado al otro de la mesa:

—¿Cuál es tu plan para hoy, Guillo? ¿Dormir, almorzar y volver a dormir...?

Guillo devolvió un silencio absoluto: dardo envenenado con indiferencia.

—Guillo, tu padre te está hablando —dijo mamá, en otro de sus desesperados intentos de pacificadora.

—Ya lo escuché.

—¿Y si me escuchaste por qué no contestás...? —Papá apartó el plato a medio terminar. El mensaje era claro: “Perdí el apetito; pero esto no se termina aquí”.

Por toda respuesta, Guillo se levantó con mucho ruido de silla y se fue a su dormitorio. Papá lo siguió con un gesto en su rostro que jamás le había visto. Mamá se fue tras los dos. Yo me quedé en mi sitio, comiendo de miedo.

Fue por eso que solamente pude escuchar la discusión que terminó en lluvia.

De papá a Guillo y de Guillo a papá, iban y venían palabras elegidas para herir. Reproches sucios de tierra vieja. Y cada vez más, y peor, y era igual que un tren cuesta abajo... Hasta que ya, sin mejores razones, le llegó el turno al tatuaje de Guillo.

—¿Y yo tengo que aplaudir esa porquería que te dibujaste en el brazo?

Le llegó el turno a la corbata de papá:

—¿Y yo tengo que aplaudir la corbata que usás?

—Gracias a esta corbata...

Escuché, sin ver, el gesto absurdo de papá. Digo que escuché cuando mi papá se llevó la mano al cuello sin recordar que era domingo y no tenía puesta su corbata.

Ese gesto equivocado debe de haber hecho que se sintiera ridículo... Quizá por eso cometió el error de seguir hablando:

—Gracias a la corbata que me pongo todos los días, te das el lujo de hacerte el músico.